

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

Si usted le pregunta a cualquier vecino de Villahermosa por el momento exacto en que la cordura abandonó a don Evaristo, le darán tres fechas distintas, cuatro motivos contradictorios y un trago de mistela. El párroco, don Prudencio, jurará sobre la patena que ocurrió el mediodía en que el viejo decidió que la flauta de eco del órgano barroco necesitaba un pellizco de manteca de cerdo ibérico y dos gotas de aceite de oliva de la cooperativa local para contrarrestar la sequedad ambiental de la nave. Los parroquianos del bar de la Plaza de España sostendrán que fue cuando vendió sus tres últimas fincas de secano en la linde con Ossa de Montiel para comprar tubos de estaño usados en los rastrillos de la Baja Sajonia. Pero la verdad, la pálida y rigurosa verdad, era bastante más acústica: Evaristo no estaba loco; sencillamente escuchaba Villahermosa a una frecuencia en la que el resto de los mortales solo percibíamos el zumbido de las moscas o el traqueteo de un tractor desvencijado cruzando la tierra colorá.

Yo llegué a la villa a finales de julio, empujada por una beca de catalogación del patrimonio sacro provincial de la Diputación de Ciudad Real que olía más a castigo administrativo que a mérito académico. Mi encargo era prosaico: inventariar la ornamentación de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, medir las tallas, fotografiar los retablos y redactar una ficha sobre el formidable órgano que el maestro Gaspar de la Redonda levantara en el año 1762. Setecientos cincuenta folios de sopor institucional me precedían. No esperaba encontrarme con un anciano encaramado a la cornisa del coro, vestido con un chaleco de pana raído en pleno canicular y aplicando el estetoscopio de un médico de cabecera contra la garganta de madera del tubo mayor de la trompetería imperial.

—Ni se te ocurra dar un paso más con esos taconcillos de corcho, muchacha —gruñó sin volverse, con una voz que sonaba como la fricción de dos piedras de molino en seco—. Estás desalineando el Mi bemol de la flauta de bajoncillo. El viento de poniente viene hoy cargado de la calima de Montiel y ese cimientito de la nave tiene tres milímetros de dilatación por culpa del bochorno.

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

Me detuve en seco en la penumbra de la nave central, con la carpeta de pinza apretada contra el pecho. El aire del templo olía a cera vieja, a yeso centenario y al inconfundible aroma rancio del tomillo seco arrastrado por el aire caliente desde las parameras.

—Soy Clara, la restauradora de la Diputación —logré articular, tratando de infundir a mis palabras una autoridad técnica que en ese instante se desmoronaba como un adobe mal cocido.

—Como si eres la bisnieta del Gran Capitán —replicó Evaristo, despegando el estetoscopio de las maderas para clavarme dos ojos diminutos, oscuros y vivos como dos perdigones de plomo—. Aquí la única autoridad que vale es la presión del fuelle y la memoria del pino silvestre de la Sierra de Alcaraz con que Gaspar ensambló los secretos en la primavera del sesenta y dos. Siéntate ahí, en el banco de los cofrades, y no respires demasiado fuerte. Si alteras el dióxido de carbono del ambiente, las lengüetas de cobre se me calientan y luego el clarín parece el rebuzno de un mulo picado del tábano.

Así comenzó mi instrucción en el universo sonoro de Villahermosa, la antigua Pozuelo del Amarguillo que en tiempos de Felipe II ganara el título de villa a fuerza de coraje, grano y piedras. Durante las dos semanas siguientes, la catalogación oficial quedó relegada a un mero trámite clandestino que realizaba a última hora de la tarde, cuando la luz dorada del sol poniente atravesaba los ventanales altos y encendía el retablo mayor como una pira de oro viejo; el resto de mis jornadas pertenecía enteramente a las chifladuras —o las visiones— de don Evaristo.

Descubrí muy pronto que el órgano de la Asunción no era para él un instrumento musical, sino un sismógrafo moral de la comarca. Evaristo sostenía que Gaspar de la Redonda no había construido una simple caja de música, sino una compleja maquinaria hidráulica y neumática destinada a traducir los humores del Campo de Montiel.

—Mira este tubo de la lengüetería de fachada, el que sale en batalla hacia el altar —me explicó una mañana mientras me obligaba a sostener una linterna

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

entre los dientes en la garganta del coro—. ¿Ves esta fisura en la soldadura de plomo? Eso no lo hizo el tiempo, muchacha. Eso ocurrió la tarde en que los hermanos Alarcón se disputaron a garrotazos el usufructo del agua de un pozo en el paraje de la Carrasca. El órgano nota el rencor. La madera de esta nave está hecha del mismo pino que respiró las sequías de la comarca durante trescientos años. Cuando la gente del pueblo se agria, la tensión acumulada en las paredes del templo cambia la reverberación y el tubo escupe una vibración parásita.

—Don Evaristo —le dije retirando la linterna para no tragarme el polvo seco acumulado sobre los secretos de madera—, con todo el respeto, eso es científicamente imposible. Las frecuencias acústicas dependen de la temperatura, la densidad del aire y la elasticidad del metal o la madera. La moralidad de los vecinos de Villahermosa no altera la constante de elasticidad del estaño.

El viejo dejó escapar una carcajada seca, un crujido socarrón que retumbó en las bóvedas góticas como el revoloteo de una paloma asustada.

—¡La ciencia! —exclamó con sorna, ajustándose una boina arrugada que parecía haber sobrevivido a dos guerras carlistas—. La ciencia de la capital sirve para fabricar neveras que duran cuatro años y relojes que funcionan con pilas de botón. Pero aquí estamos en Montiel, muchacha. Aquí la tierra es tan colorá porque tiene más hierro que las entrañas de Vizcaya, y la gente es tan testaruda porque lleva cinco siglos bebiendo agua de caliza y rumiando los mismos agravios. Si Don Quijote salió por estos llanos descalabrado de la cabeza no fue por leer libros de caballerías; fue por escuchar el silbido del viento de poniente metiéndose por las rendijas de los silos de trigo.

El párroco, don Prudencio, una criatura rolliza de sotana arrugada que padecía una alergia crónica al ácaro del incienso y un terror atávico a las inspecciones del obispado, aprovechaba las ausencias de Evaristo para intentar convencerme de la inutilidad del anciano.

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

—Clara, por el amor de Dios —me suplicaba el párroco en el sotacoro, mientras se pasaba un pañuelo de cuadros por la calva perlada de sudor—, haga usted figurar en su informe que el instrumento necesita un teclado electrónico moderno integrado en la consola. Un órgano analógico de tubos es una ruina. Cuesta más mantenerlo afinado que pintar la ermita de la Carrasca. ¡El mes pasado Evaristo se gastó la asignación de la parroquia en tres litros de aceite de oliva virgen extra de la cooperativa local solo para lubricar las varillas de madera de la transmisión! Dice que el aceite sintético de la gasolinera huele a demonio y desafina los contraltos. ¿Usted cree que la Conferencia Episcopal nos va a pagar la factura del aceite de oliva?

La situación alcanzó tintes de tragedia griega la tarde en que desembarcó en el pueblo don Santiago, el concejal de Innovación y Turismo, un hombre joven de barbita recortada a tiralíneas y camisa de lino que aspiraba a transformar Villahermosa en el primer "Pueblo Inteligente Digital de la Mancha Alta". Se presentó en la nave central acompañado por dos técnicos de Ciudad Real que portaban maletas de plástico rígido y un sintetizador digital con carcasa de aluminio.

—Don Evaristo —anunció el concejal con una sonrisa de escaparate—, la Junta de Comunidades nos ha concedido una subvención para la digitalización del patrimonio sonoro. Vamos a instalar un módulo MIDI inalámbrico conectado a los tubos. Podremos programar el órgano desde una aplicación del teléfono móvil y hacer sonar la Misa de Réquiem de Mozart mientras los turistas visitan las casas solariegas de la Encomienda sin necesidad de que usted suba esas escaleras tan peligrosas.

Evaristo no se inmutó. Estaba sentado sobre una banqueta baja de nogal, calibrando la lengüeta de un clarín con una navaja de injertar y una cuña de queso manchego curado.

—Escuche, muchacho —dijo el viejo sin levantar la mirada de la lámina de bronce—. Si usted le mete corriente eléctrica a este maderamen, la primera descarga va a freír los cueros de los fuelles y la segunda va a despertar a las ánimas del purgatorio que están enterradas bajo el presbiterio. El órgano de la

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

Asunción se alimenta de viento, de cera y de paciencia. Para música con botones ya tienen ustedes la radio del bar y las altavoces del coche del panadero.

—¡Es el progreso, don Evaristo! —protestó el concejal, acalorado—. ¡No podemos quedarnos anclados en el siglo dieciocho mientras el resto de la comarca avanza hacia el turismo de experiencia!

—El progreso en Montiel —sentenció Evaristo ajustando la cuña de queso con una precisión milimétrica— es conseguir que el agua limpia siga llegando a la fuente de la plaza y que la gente se mire a los ojos al saludarse por la mañana. Lo demás son fuegos de artificio para espantar a las perdices.

Sin embargo, había algo profundamente fascinante en el delirio de Evaristo. Me enseñó a leer Villahermosa no como un plano topográfico de calles empinadas y fachadas encaladas con blasones de la Orden de Santiago, sino como un mapa de resonancias vivas. Una tarde me llevó en su viejo Seat Panda verde —que olía a pienso concentrado y tomillo— hasta la ermita de Nuestra Señora de la Carrasca, a varios kilómetros del casco urbano, en un rincón donde la paramera se ondula en matas de encina, romero y albaida, rodeando la célebre plaza de toros cuadrada que se adosa al santuario como un patio de armas medieval.

Nos sentamos en las gradas de piedra arenisca roja, calientes como adobes salidos del horno, mientras el sol se hundía en un horizonte purpúreo que parecía pintado a brochazos de terracota sobre la inmensidad del Campo de Montiel.

—Escucha —me ordenó Evaristo, cerrando los ojos y alzando un dedo rugoso como una raíz de cepa vieja.

—No oigo nada —respondí tras unos segundos de atención tensa—. Sólo el viento en las encinas y el cantar de los grillos.

—Eso es porque escuchas con las orejas de Madrid, que están embozadas de ruido de motores y prisa vana —rezongó—. Escucha el eco que devuelve el muro de la plaza de toros. El sonido no choca contra la piedra; se mete por los poros del mortero de cal. En el año treinta y seis, cuando vinieron a saquear la iglesia del pueblo, los viejos de Villahermosa no se enfrentaron a nadie con escopetas.

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

Hicieron algo más manchego y más sutil: desmontaron el órgano de la Asunción tubo por tubo, en mitad de la noche, en un silencio absoluto que no interrumpió ni el ladrido de un perro. Cargaron las flautas, los bajoncillos, los trompetas y hasta los fuelles de cuero en cuatro carros de mulas mullidos con paja fresca de rastrojo y los trajeron aquí.

Me erguí en el escalón de piedra, sorprendida. Aquello no figuraba en ningún archivo de la Diputación ni en la historiografía oficial del Campo de Montiel.

—¿Los escondieron en la ermita? —pregunté.

—Los enterraron en los toriles y en el foso de la plaza de toros —murmuró Evaristo, y por primera vez su voz perdió la retranca áspera para teñirse de un pudor antiquísimo—. Tubo por tubo, amortiguados en mantas de lana manchega. Mi padre tenía doce años y le encargaron transportar la flauta de eco, la más delicada. Estuvieron tres años bajo la tierra colorá. Cuando terminó la guerra y los devolvieron al coro de la parroquia, el órgano ya no volvió a sonar igual. Había absorbido la humedad del subsuelo de la Carrasca, la sal del sudor de las mulas y el miedo de los hombres que lo desenterraron a oscuras. Desde entonces, el órgano no toca la música de los libros de Bach o de Cabanilles; toca la respiración oculta del pueblo.

—Don Evaristo —musité, tocada por la solemnidad del relato—, eso es una leyenda poética. Las maderas absorben humedad, pero no emociones.

El viejo se puso en pie con la rigidez de sus articulaciones gastadas, se caló la boina hasta las cejas y me miró con una mezcla de compasión y orgullo indomable.

—Esta noche entra una tormenta seca por la sierra de Alcaraz —dijo simplemente—. El aire va a cambiar de presión en menos de diez minutos. Si quieres saber si la madera recuerda, vente al coro a medianoche. Pero trae una linterna buena y deja el escepticismo en la posada, que eso ocupa mucho espacio y no deja oír lo importante.

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

A las once y media de la noche, el cielo sobre Villahermosa no era negro, sino de un violeta amoratado y eléctrico que presagiaba el colapso de la canícula. Los relámpagos iluminaban a rachas las siluetas cuadradas de las casas, los tejados de teja árabe y la torre colosal de la iglesia de la Asunción, que se alzaba sobre el caserío como un guardián de piedra al que las centellas no lograban inmutar.

Subí la escalera de caracol de la torre con el corazón martilleándome en las costillas. La cal de los muros devolvía un calor denso, acre, casi sofocante. Al llegar al coro, encontré a Evaristo en penumbra, alimentando los candiles de aceite que flanqueaban la consola del órgano. La luz temblorosa de las mechas proyectaba sombras gigantescas sobre las tuberías de la fachada, transformando el instrumento en una catedral gótica en miniatura incrustada en la nave.

—Llegas tarde —dijo el viejo sin volverse—. El viento ya ha cruzado la linde de Montiel. Mira la lengüetería.

Acerqué la potente linterna de LED que había traído del equipo de restauración. El haz de luz blanca cortó la penumbra y reveló un fenómeno espeluznante: los tubos de la trompetería imperial, esos cañones de metal que sobresalen en horizontal sobre las pilas de la nave, vibraban sutilmente sin que nadie estuviese pisando los pedales ni accionando los fuelles. Un zumbido sordo, grave, un murmullo bisilábico como el gemido de un gigante dormido, emergía de las gargantas de metal.

—Es el viento que entra por el rosetón superior de la fachada —intenté razonar, con la voz traicionándome en un hilo trémulo—. Crea una corriente de convección dentro de la caja expresiva...

—El rosetón está tapiado con cristales de plomo desde 1920, muchacha —me atajó Evaristo serenamente—. Lo que estás oyendo es la presión de la columna de aire de la tormenta empujando la lengüeta del Mi bemol. Pero escucha con atención. Hay un tubo que no suena. El tubo de la flauta de eco. El que enterró mi padre en el toril de la Carrasca.

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

Se encaramó con una agilidad prodigiosa para su edad a la pasarela posterior del órgano, entre el bosque de madera y metal que formaba las tripas del coloso. Lo seguí a duras penas, esquivando las varillas del secreto y el polvo acumulado durante décadas. Evaristo se detuvo ante una pequeña flauta de pino, carcomida en la base y reforzada con una abrazadera de hierro forjado que parecía hecha por un herrero de aldea del siglo pasado.

—Esta flauta está muda desde el día en que mi padre murió —susurró el anciano—. No es que esté rota; es que tiene alojado algo en el secreto, en la lengüeta de madera. Nunca me atreví a sacarlo porque mi padre me hizo jurar que solo tocaría este tubo cuando la tormenta más grande del siglo amenazara con romper los tejados de Villahermosa. Hoy es esa noche, Clara. El aire huele a ozono y a tierra quemada. Ayúdame a desarmar la abrazadera.

Con las manos temblorosas y la ayuda de un destornillador de mango de madera de boj, aflojamos la abrazadera oxidada. El metal cedió con un chasquido seco que retumbó en la inmensidad vacía del templo. Evaristo extirpó con delicadeza la flauta de pino de su alvéolo en el corazón del órgano.

Dentro del tubo de madera no había hollín ni nidos de araña. Había un rollo de papel secante, amarillento y curtido por la cera de abeja, atado con un cordón de esparto rancio.

El viejo me miró con ojos desencajados. Su habitual retranca manchega se había disipado por completo, dejando al descubierto la fragilidad de un niño asustado ante un milagro que no había pedido.

—Tómalo tú —dijo con la voz quebrada—. A mí me tiemblan los dedos como a los chopos del río Pinilla.

Desplegué el documento con un cuidado infinito sobre la tabla de la consola, a la luz de los candiles. No era una partitura barroca ni una fórmula alquímica de Gaspar de la Redonda. Era una carta escrita con tinta ferrogáfica, con una caligrafía angulosa y torpe propia de un campesino que solo había ido a la escuela durante los inviernos de cosecha baja.

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

“A mi hijo Evaristo”, decía el encabezado.

“Si estás leyendo esto es porque ha vuelto la gran tormenta sobre el Campo de Montiel y has tenido el valor de abrir el fuelle. Quiero que sepas la verdad sobre el órgano de la Asunción. Cuando escondimos los tubos en la plaza de la Carrasca en el año 36, no solo los libramos del fuego. Yo me quedé con este tubo en la faltriquera durante tres meses porque no me fiaba de nadie. Dentro metí la llave del arca de las tres llaves del Ayuntamiento, donde el tío Bernardo guardaba los títulos de propiedad de los secanos comunales de Villahermosa para que no los quemaran los unos ni los otros. Cuando todo acabó, me dio miedo confesar que la tenía yo. Preferí inventarme que el órgano estaba embrujado y que el viento de la Carrasca hablaba por la garganta de los tubos para que nadie tocara la flauta de eco.

Hijo mío, no hay más magia en este pueblo que la paciencia de su gente para aguantar la sequía y la dignidad para no tirarse los trastos a la cabeza cuando vienen mal dadas. La música buena no es la que suena más fuerte, sino la que mantiene a los hombres juntos cuando la tormenta aprieta. Mantén el órgano afinado, Evaristo. Aunque piensen que estás loco. Sobre todo si piensan que estás loco.”

En la parte inferior del papel, envuelta en un trozo de gamuza aceitada, descansaba una llave pesada de hierro forjado, con el ojo en forma de corazón y el paletón mellado por el uso.

Un trueno descomunal retumbó en ese instante sobre la vertical de la Iglesia de la Asunción, sacudiendo los cimientos de piedra con una fuerza telúrica que hizo vibrar las vidrieras de las naves superiores. La corriente de aire desencadenada por el rayo penetró por las grietas de la torre, atravesó los fuelles de linterna y se coló con una furia implacable por el arca de viento del órgano.

Evaristo no lo dudó. Volvió a encajar la flauta de pino en el secreto, apretó la abrazadera de hierro con las manos desnudas sin necesidad de llave ni destornillador y se sentó de un brinco en el banquillo de nogal de la consola.

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

Apoyó las manos en los teclados desgastados de hueso y madera, y pisó a fondo el pedal del contrabajo.

Lo que ocurrió a continuación no fue un concierto de música sacra ni una improvisación litúrgica. Fue una erupción acústica de una magnificencia atronadora y sublime. El órgano de Gaspar de la Redonda, liberado del obstáculo que había bloqueado su flauta secreta durante ochenta años, rugió con todos sus registros abiertos: la trompetería imperial, el clarín, los bajoncillos, las lengüetas de la fachada y la recuperada flauta de eco de la Carrasca.

El sonido no era estridente; era un acorde colosal, majestuoso, una masa vibratoria de una densidad armónica tan pura que el aire dentro del templo pareció cobrar forma sólida. La nave gótica se convirtió en una caja de resonancia cósmica donde retumbaban la historia de Villahermosa, el crujido de las encinas centenarias de la Carrasca, la solidez de la piedra caliza y la tenacidad indomable de los hombres y mujeres que habían cultivado la tierra colorá del Campo de Montiel durante generaciones.

Abajo, en la Plaza de España, la gente del pueblo, que se había resguardado de la lluvia repentina bajo los soporales del Ayuntamiento, se quedó petrificada. Don Prudencio salió en zapatillas a la lonja de la parroquia, olvidándose de su alergia al polvo, mirando hacia el campanario con la boca abierta y los ojos desorbitados. El concejal de Innovación, que salía del bar con su maletín electrónico, dejó caer el cargador al suelo, inmóvil ante la catarata de sonido que envolvía los tejados del pueblo.

Allí arriba, en el coro, entre el humo de los candiles y el olor a cera, estaño y ozono, don Evaristo tocaba con una sonrisa luminosa que le borraba de un plumazo ochenta años de arrugas y soledad. Lágrimas silenciosas le surcaban las mejillas curtidas por el sol de Montiel, pero sus manos no fallaban una sola nota, entrelazando las modulaciones de un pasacalle barroco con las cadencias populares de las jotas que se cantaban en la romería de la Carrasca.

Yo me quedé petrificada junto a la consola, sosteniendo el papel amarillento y la vieja llave de hierro, sintiendo cómo la vibración del órgano me atravesaba la

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

planta de los pies, subía por mi columna vertebral y desmantelaba, uno a uno, todos los prejuicios académicos con los que había desembarcado en aquel pueblo manchego.

A la mañana siguiente, el cielo sobre el Campo de Montiel amaneció limpio, azul y transparente como un cristal recién lavado por la tempestad. El olor a tierra húmeda y a romero impregnaba las calles empinadas de Villahermosa.

Entregué mi informe de catalogación en el registro del Ayuntamiento a mediodía. En el apartado de observaciones técnicas del ítem 042 —"Órgano barroco de Gaspar de la Redonda, 1762"— escribí con trazo firme y negro:

"El instrumento presenta un estado de conservación acústica y estructural excepcional, resultando enteramente insustituible por medios digitales modernos. Se recomienda otorgar al maestro organista don Evaristo asignación vitalicia e ilimitada de aceite de oliva virgen extra de la cooperativa local para el mantenimiento de las transmisiones de madera."

Junto al informe, sobre el despacho del secretario municipal, dejé la llave de hierro forjado envuelta en la gamuza aceitada, acompañada de una nota sin firmar impresa a ordenador que indicaba la casilla exacta del arca de las tres llaves donde las escrituras de los secanos comunales esperaban pacientemente desde 1936.

Cuando fui a despedirme de Evaristo al coro de la Asunción, me lo encontré limpiando pacientemente el polvo del mueble de nogal con un paño de lana.

—¿Te vas ya para la capital, muchacha? —preguntó sin mirarme, pero con un tono sensiblemente más blando en la voz.

—Me voy, don Evaristo —respondí—. Pero me llevo la lección aprendida.

El viejo se volvió, se caló la boina con un gesto cansado pero satisfecho y atisbó la llave que ya no estaba sobre la consola.

EL AFINADOR DE TORMENTAS EN EL CAMPO DE MONTIEL

—¿Has devuelto la llave a los del Ayuntamiento? —indagó con una chispa de picardía en las pupilas.

—Sí —asentí—. Aunque dudo que sepan qué hacer con tanta dignidad comunal.

Evaristo dejó escapar una risita entrecortada, agarró su estetoscopio de madera y se lo guardó en el bolsillo del chaleco de pana.

—Aprenderán, muchacha —dijo mirando hacia las tuberías doradas de la fachada que relucían bajo la luz de la mañana—. En Villahermosa tardamos mucho en aprender las cosas, pero cuando las aprendemos, no se nos olvidan en trescientos años. Y si se nos olvidan... para eso está el órgano, para acordarnos de quiénes somos cada vez que sopla el viento de poniente sobre la Carrasca.

Salí de la Iglesia de la Asunción y caminé despacio por la Plaza de España. Mientras arrancaba el coche para tomar la carretera hacia Ciudad Real, eché una última mirada por el retrovisor. A lo lejos, la silueta majestuosa del templo se recortaba contra la inmensidad del Campo de Montiel, firme, erguida y eterna, como un tubo de estaño gigante plantado en mitad de la tierra colorá para afinar las tormentas del mundo.